

DE LA CONDENA A LA LIBERTAD
EN SARTRE A LA ESPERANZA
CREIBLE EN KIERKEGAARD

FROM CONDEMNATION TO FREEDOM
IN SARTRE TO BELIEVABLE HOPE
IN KIERKEGAARD

*César Augusto Ramírez Giraldo**



Introducción

Si se parte del hecho que “estamos condenados a ser libres” en Jean Paul Sartre y que la esperanza entendida como fe nos rescata, entonces estarán sentados los presupuestos para el paso nada fácil pero propositivo de la condena a la libertad a la esperanza creíble a lo largo de estas páginas.

* Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor titular interno. Miembro del Grupo Epimeleia. Dirección electrónica: cesar.ramirez@upb.edu.co

El hombre, este desequilibrado, el que pregunta y se pregunta, el que aspira y espera, el que ve como posible ciertas cosas y sin embargo se tiene que enfrentar a la realidad de lo imposible. El hombre, ese que no siempre entiende que nada sea para siempre porque cada mañana se levanta con un sueño nuevo por cumplir, ese a quien hoy se le invita a vivir y mañana se le recuerda que irremediablemente tenemos que morir. El hombre, en concreto y en abstracto, como problema o como parte de la solución, el que busca verdades y tiene que enfrentarse a la incertidumbre, de ese hombre, de sí mismo y de otro, del que se relaciona y del solitario, ese será el protagonista de estas páginas y por qué no también, el antagonista.

Y ese tal hombre, hoy se siente libre y feliz, y mañana libre e infeliz, hoy cree y mañana duda, hoy espera y mañana desespera, hoy apuesta su vida a un sueño y mañana se revuelve en sus perturbadoras pesadillas.

La libertad como condena desde Jean Paul Sartre

¿Que Sartre me diga hasta cuándo estaré condenado a esta libertad?

Acercarse a Jean Paul Sartre es encontrarse con múltiples perspectivas de pensamiento como su posición sobre el existencialismo, la filosofía dramática, la contingencia, el infierno representado en la mirada del otro, la nada, la náusea, su postura sobre la política francesa, la ética, su visión sobre la conciencia. Pero en estas líneas no se pretende hablar sobre el joven cuentero, ni sobre el vocero de periódicos junto a la juventud de París, ni acerca del poeta, ni del hombre relacionado con el Castor¹, ni al literato apasionado con las biografías de Boudelaire, Flubert, Mallarmé o Tintoretto, ni al filósofo dramático, ni al aficionado por el Whisky o el Vodka, ni al

¹ Nombre que cariñosamente Sartre le atribuye a Simone de Beauvoir.

anciano pasando sus últimos días con el filósofo egipcio Pierre Victor y con su hija adoptiva Ardette Elkaim, sino que estas páginas iniciales se centrarán en su concepto de elección en la libertad y su consecuente responsabilidad. Ya lo anunciaba el mismo Sartre en su obra *El existencialismo* es un humanismo cuando afirmaba que:

El hombre es ahora absolutamente libre. Pero esta libertad no es un don, sino que el hombre se halla condenado a ella, condenado porque para que la libertad sea plena libertad, no puede haber nada enfrentado normativamente al hombre, ni fe en Dios, ni verdades, ni valores (1998 11-12).

¿Cómo se entiende, entonces, que el hombre esté condenado a la libertad? ¿No es acaso la libertad el fin de la condena? ¿No es libre aquel que decide por sí mismo sin importar qué presiones sean ejercidas desde el exterior? Todo esto podría ser cierto para la mayoría de las personas, pero no así para J. P Sartre.

El hombre es libertad, el hombre es situación y vive en situación y en ésta se proyecta; se realiza, se hace. En ello consiste su verdadera esencia: el hacerse continuamente, y es por eso que está en el mundo sin poder evadir la elección diaria de elegirse en el mundo.

Para Sartre, o para Roquentin² libertad es hacer todo cuanto se quiere, pero si algo me lo impidiese, ¿dejaría de serlo?:

Vi un papel junto a un charco... me incliné; ya me regocijaba pensando en tocar la pasta tierna y fresca que formaría entre mis dedos bolitas grises... No pude. Me quedé agachado un segundo; leí: <Dictado: El búho blanco>, después me incorporé con las manos vacías. Ya no soy libre, ya no puedo hacer lo que yo quiero (Sartre 1975 21).

² Es difícil descubrir si Sartre se revela en el mismo Roquentin o si sólo es un personaje al que le atribuye su pensamiento y nada más, es decir, si Sartre no refleja aspectos personales de su vida por medio de Roquentin.

Para Roquentin la sola idea de la vida lo enferma, le genera la sensación nauseabunda, en cualquier lugar la náusea se puede sentir, entonces surge la pregunta: ¿A dónde ir? Cualquier objeto que esté por ahí puede provocar la náusea. “La náusea no está en mí; la siento allí en la pared, en los tirantes, en todas partes a mi alrededor” (*Id.* 29).

Roquentin frente al mundo se sorprende como una pura nada, es un –sin cuerpo–, sin recuerdo, sin saber, sin persona. Según Sartre la conciencia no es nadie, nada la habita “pienso, luego soy”, esta es la verdad absoluta de la conciencia captada así misma. Roquentin es consciente de ello: “Soy, existo, pienso, luego soy; soy porque pienso, ¿por qué pienso? No quiero pensar más, soy porque pienso y no quiero ser, pienso que... porque ... ¡Puf! Huyo, el innoble individuo ha huido, su cuerpo violado” (*Id.* 117).

¿Podría alguien imaginar una vida en un vacío constante, sin certezas, sin sentido, con hastío? Uno termina convirtiéndose en eso que le produce sin sabor: “La Náusea no me ha abandonado y no creo que me abandone tan pronto; pero ya no la soporto ya no es ni una enfermedad ni un acceso pasajero: Soy yo” (*Id.* 126).

Y ya que no hay abandono de la náusea, el absurdo hace su aparición en la existencia y Sartre a ese absurdo lo llama náusea: “Cuando uno llega a comprenderlo, (el sin sentido en el que nos encontramos y lo fortuito de todo) se le revuelve el estómago y todo empieza a flotar...; eso es la náusea” (*Id.* 130).

El absurdo termina siendo la clave de la existencia, la vida misma se identifica con él: “La clave de la existencia, la clave de mis náuseas, de mi propia vida. En realidad, todo lo que pude comprender después se reduce a este absurdo fundamental” (*Id.* 129). La existencia es un absurdo.

Este absurdo que envuelve de un modo misterioso la obra y la vida sartriana, tiene sin embargo, una peculiaridad. No es el absurdo del joven que no le

encuentra sentido a su existencia, ni el absurdo del empresario que ha fracasado en sus negocios, ni el absurdo del amante que no ha sido correspondido. El absurdo sartriano es, el absurdo de aquel que es consciente de su existencia, de aquel que adquiere conciencia de existir, de aquel que experimenta la sensación de llevar las cosas del cuerpo a la mente.

Sartre no profundizó en la idea del más allá ¿Qué hay después de esta vida ascosa y absurda? Al parecer él no se lo preguntó. Con la muerte acaba todo. Termina el hombre, igual que sus proyectos y aspiraciones. La vida, el nacimiento y la muerte son un absurdo. Nada tiene sentido, las cosas existentes son un asco.

En “La Náusea” son estas cosas con las cuales él se da cuenta de que existe. Las cosas, al ser percibidas por él, le producen la curiosa enfermedad: la náusea, la angustia. Todo es absurdo. No tiene razón de existir, es gratuito, innecesario e insólito. Aun el ser. Yo existo porque sí, porque me da la gana. Yo soy lo que elijo ser. Soy libre; no hay condición para estar aquí, nada me da sentido. He ahí la angustia: no hago nada. No puedo, la existencia me penetra por todas partes. Es el mundo deshumanizado, es el en-sí, el caos original. Ante aquella dramática existencia de tal modo descarnada, inasible, absurda.

Experimentar el absurdo, afrontar la existencia como un absurdo, es pues la tarea que compete al filósofo de la contemporaneidad. Ello implica la toma de conciencia de todo el actuar humano, la búsqueda de la realización personal y enfrentar con valor y decisión a la eterna condena que el hombre posee y es la de estar “condenados a ser libres”, a tomar postura frente a la vida y a ser conscientes de nuestro actuar, un actuar con sabor a responsabilidad en todas las actividades desarrolladas, un actuar responsable con tinte de “libertad en el obrar” como mecanismo de autoconstrucción, un actuar que lleve al hombre existente a su realización como existente que comparte su existencia con otros existentes.

Y con la vida enfrentada al absurdo cobra importancia la pregunta por la existencia, o mejor aún, por el sentido de la existencia, en la que todo se mezcla y yo no sólo soy parte de ese todo sino que termino siendo ese todo en tanto que existo:

Existo. Es algo tan dulce, tan dulce, tan lento. Y leve; como si se mantuviera solo en el aire. Se mueve. Por todas partes, roces que caen y se desvanecen. Muy suave, muy suave. Tengo la boca llena de agua espumosa. La trago, se desliza por mi garganta, me acaricia y renace en mi boca. Hay permanentemente en mi boca un charquito de agua blancuzca –discreta– que me roza la lengua. Y este charco también soy yo. Y la lengua. Y la garganta soy yo (*Id.* 130).

Existir es estar ahí, simplemente; los existentes aparecen, se dejan encontrar, pero nunca es posible deducirlo: “Todo es gratuito: ese jardín, esta ciudad, yo mismo” (*Ibíd.*).

Podríamos decir que Sartre buscó el sentido de la existencia en primera instancia en el otro, luego en las cosas y no encontró nada. Escudriñó en sí mismo y encontró angustia y vacío, es decir, ahí tampoco encontró nada que justifique su existencia. Decide buscar en Dios y tampoco encuentra nada importante; es entonces cuando en medio de tanta nada, no encuentra nada, sólo el sin-sentido.

Es ahí cuando se declara libre, “estoy rotundamente condenado a ser libre”. La libertad es la misma nada y es en esa nada de ser, donde el hombre, siendo, elige ser.

La libertad humana trae consigo los sentimientos de angustia, desamparo y desesperación. Angustia ante el hecho de que es uno mismo el responsable de sí mismo y de los demás; desamparo porque la elección se hace en soledad, no existe una tabla de valores en donde apoyarse, ni ningún signo que nos indique la conducta a seguir; y desesperación porque no es posible un control completo de la realidad en la realización del proyecto, siempre

hay que contar con factores imprevistos, con la posibilidad de que se truequen nuestras buenas intenciones en malos efectos.

Vista así, la angustia se nos presenta como un camino que nos acerca a la libertad. La existencia en el mundo es vivida fundamentalmente mediante la angustia, por medio de aquello por lo que el ser humano se da cuenta de lo frágil y finito que es su posición en el mundo, pero esto no lo hace un sujeto pasivo, la angustia en él es una especie de fuerza que lo lleva a actuar.

Si partimos del concepto heideggeriano del “arrojamiento”, en clave sartriana es posible decir que el ser humano “es arrojado” a un mundo al que no pidió llegar y abandonado a su propia suerte. El hombre es libre en la medida en que elige por sí solo sus acciones; pero esta libertad es una condena porque es una imposición de la cual el hombre sólo se librerá al morir. Esta libertad obligada y omnipresente sólo desaparecerá con la muerte. La angustia del hombre es esta responsabilidad sin límites de controlar su destino y crear su existencia eligiendo a cada momento.

Sartre define al hombre como “*lo que llega a ser*” (Sartre 1966 139), el hombre se hace a sí mismo y esto depende de él, de su propia elección, de su libertad; el hombre es siempre un proyecto inacabado; el hombre será lo que haya proyectado ser y de ahí su responsabilidad humana y, como consecuencia, su angustia.

En todo esto se destaca la condena a la libertad, la idea de que el ser humano no puede elegir entre ser libre y no ser libre, porque está condenado a ser libre. La condena sería propiamente la angustia que genera el hecho de tener “la libertad” de decidir por sí mismo sin echarle la culpa al otro de las decisiones tomadas.

Lo único infinito para Sartre es la libertad, la cual le permite elegir y contradecirse, la libertad es la única eternidad posible, algo así como una muerte viviente. Así lo vemos en *A puerta cerrada*, pieza teatral que Sartre

compone en 1944 en la que se narra cómo tres personas condenadas al infierno por la eternidad encuentran como castigo las relaciones que se establecen entre ellos, básicamente el deseo por la mirada de aceptación del otro. Tres personas egoístas y manipuladoras comparten la muerte por la eternidad, los vicios, deseos y remordimientos congelados para siempre, sin posibilidad de mejoría o redención:

[...] la muerte viviente es estar rodeado por la eterna preocupación de los juicios, de los actos que uno no quiere cambiar. De suerte que, en verdad, como estamos vivos, quise mostrar por el absurdo la importancia que tiene en nosotros la libertad, es decir, la importancia de cambiar los actos por otros actos. No importa cual sea el círculo infernal en el cual vivimos, creo que somos libres para quebrarlo y si las gentes no lo quiebran es que también libremente permanecen en él. De tal modo que se meten libremente en el infierno (Sartre 1979 183).

Con base en lo anterior, el hombre simple y llanamente existe, pero existe en tanto que es: “todo un proyecto que se vive subjetivamente, en lugar de ser un musgo, una podredumbre o una coliflor; nada existe previamente a este proyecto; nada hay en el cielo inteligible, y el hombre será ante todo lo que habrá proyectado ser” (Sartre 1975 34).

Y en medio de esta existencia en la que por momentos nos angustia el ser condenados a la libertad, se hace necesario un salto, el salto a la esperanza, algo en qué creer y por qué despertarse cada mañana, una motivación permanente, una razón aún en medio de la sin razón aparente, algo que me rescate de la náusea de existir.

La esperanza como rescate desde Sören Kierkegaard

¿Será que Kierkegaard me rescata?

El espíritu humano es un existente encarnado y, recurriendo a la clásica distinción entre esencia y existencia, la esencia remite a la naturaleza, a la

humanidad, mientras que la existencia se refiere a *este* hombre concreto, encarnado en una situación determinada. Lo verdaderamente real es lo personal. ¿Dónde estoy? –se pregunta Kierkegaard–; ¿quién soy? ¿quién me ha puesto aquí, sin consultarme? ¿De qué me sirve encontrar una verdad *objetiva* si carece de significación para mi vida? Lo que yo necesito –anota en su Diario– es ponerme en claro conmigo mismo, saber qué debo hacer:

Cada cual encuentra su modo de vengarse del mundo. El mío consiste en llevar mi dolor y mi pena en el fondo de mí mismo mientras que mis bromas distraen a los demás... cuando paso alegre y dichoso ante los hombres y ellos ríen de mi dicha, yo también río, pues desprecio a los hombres y me vengo (Kierkegaard 1975 17).

La “seriedad detrás de la broma” sería la frase para definir a Kierkegaard quien escoge esta arma como defensa del mundo, arma que lo protege de los demás pero que lo condena a vivir en soledad, porque al hablar de él es traer a la mente el concepto de desesperación y angustia.

Sentimientos que le fueron infundidos desde su infancia al escuchar a un padre que se quejaba de haber cometido dos pecados en contra de Dios: primero erguirse sobre una roca, levantar el puño y maldecirlo y el otro haber tenido relaciones con su criada sin casarse a unos pocos meses de muerta su primera esposa, por esto se ve obligado a casarse con ella con la cual tiene siete hijos, que le traen mucha dicha, el último de ellos fue Kierkegaard; pero toda esta dicha generó en su padre remordimientos de conciencia y culpabilidad que lo llevaban a sentir miedo de la venganza de Dios, quien lo iba castigar al final.

Él pensaba que Dios le daba tanta dicha para que el castigo resultara luego más amargo; es decir, que Dios estaba preparando el terreno para tomarse una muy cumplida venganza sobre él, que le había ofendido. Todo esto será el leitmotiv de la infancia de Sören, y además de todo lo anterior el hecho de pensar que el sexo es pecado.

Él creció en un hogar con un ambiente adulto, donde la obsesión del pecado y del castigo se vuelve algo de niveles neuróticos, el padre sabe que en “venganza de Dios” sus hijos serán arrebatados uno a uno y piensa en Sóren y para garantizarle la eterna bienaventuranza, trata de inculcarle una fe inamovible, capaz de resistir cualquier embate y a toda tentación pero mientras le va enseñando la naturaleza de Dios, también siembra en él las semillas de la desesperación y angustia que pronto saldrán a flote:

Recibí siendo niño una educación rígida y severa que, considerada desde el punto de vista humano, fue una verdadera locura”. “siento venirme temblores cuando me detengo a pensar cuál ha sido desde mi más tierna infancia el paisaje de fondo de mi vida, la angustia con que mi padre llenaba mi alma y mi propia y terrible melancolía. Me invadía la angustia frente al cristianismo, pero, sin embargo, al mismo tiempo me atraía (*Id.* 30).

A pesar de todo esto, Sóren a simple vista fue un niño alegre, irónico y preciso, pero podría ser ésta alegría su primera máscara, o a lo mejor no fue sino hasta la adultez que surgió en él esa amargura y desesperación que lo llenó de desasosiego sin encontrar la paz. El padre quería que estudiara Teología e inicia estudiándola pero no es lo suyo; sin embargo, en la universidad se apodera del pensamiento de Schleiermacher, quien afirmaba que es inútil tratar de encontrar un fundamento racional al cristianismo puesto que carece de él, al cristiano le debe bastar con su fe, pero para poseerla es preciso que exista en ese cristiano una propensión a creer sin necesidad de pruebas de ninguna clase.

Pero durante todos estos años estudiantiles Sóren llevó una vida desordenada, en la que no faltaban las crisis así el quisiera esconderla en su interior mostrando un exterior sonriente: “Soy Jano bifronte, con un rostro río y con el otro lloro” (*Id.* 32). Pero todas estas crisis no tienen comparación con el “gran temblor de tierra” como lo llama él:

Fue entonces cuando ocurrió el gran temblor de tierra, la terrible revolución que de repente me llevó a formular una nueva e infalible ley de interpretación de los hechos. Entonces tuve el barrunto de que la proveya edad de mi padre no era una bendición divina, sino, muy al contrario, una maldición... entonces percibí como se espesaba en torno a mí el silencio de muerte, y mi padre se presentó a mi consideración como un ser infortunado condenado a sobrevivirnos a todos nosotros, como una cruz sobre la tumba de todas sus esperanzas. Debía pesar una falta sobre la familia y Dios la castigaba: desaparecía barrida por la todopoderosa mano de Dios, borrada como una tentativa fracasada (*Id.* 32-33).

Después de esto, las crisis de angustia empiezan a ser más evidentes y en 1837 muere su cuñada, la esposa del único hermano que le queda vivo, esto lo lleva abandonar la casa paterna y alejarse por un año, al regreso, en ese mismo año su padre muere y Kierkegaard decide dedicarse a la teología en honor a su padre. ¿Ante semejante legado, no sería lo más justo dejar la fe, ya que es Dios quien castiga y no el que bendice? Pero los caminos de la fe son bastante complicados y llevan al ser humano por senderos insospechados.

Mientras está estudiando aparece Regina Olsen, mujer de la cual él había estado enamorado durante tres años, y tienen una relación durante un año, al final él decide terminarla, no sin que ella le rogara con vehemencia que no lo hiciera, pero cuando él se enamoró se abandonó a la espontaneidad y al final se siente agitado por los sentimientos de culpa, porque Dios lo había señalado como el único y lo había elegido. Él realmente pensó que Regina podía ser el complemento más adecuado, y la cura, a su introversión y melancolía, pero él cree que el placer físico y reflexión no pueden convivir: “Veo claramente que mi melancolía me hace imposible tener un confidente; y al mismo tiempo soy consciente de que el vínculo matrimonial exige de mí que ella lo sea” (*Id.* 35).

Ve a Regina como la tentación que quiere alejarlo del camino de Dios, pero también piensa que es Dios mismo quien la ha puesto ahí para probarlo y hacerle ver cuál es su verdadero destino.

La angustia deviene de la puja interna –humana– entre lo terrenal y lo espiritual. El hombre adquiere el concepto de infinitud (divinidad) pero sigue siendo a la vez mortal, terreno. Esa contraposición genera en el ser humano la angustia, la desesperación. ¿Cómo superarla? Kierkegaard aboga por la fe, por la confianza en este «padre protector» que nos aporta paz ante la natural melancolía.

Desde este momento se genera en Kierkegaard una desesperación y una angustia, que es propia de cualquier ser humano que no sabe qué hacer con su vida, que se encuentra en una encrucijada; por un lado, quiere caer en la tentación y enamorarse y ser “feliz” pero, por el otro, está el mandato que le impusieron de no caer en la tentación, de hacer la voluntad de Dios, lo que desde pequeño le enseñaron, de seguro que un hombre cualquiera no se resistiría a hacer realidad lo que desea su interior, pero es que Kierkegaard no es un ser normal, él piensa:

Mi relación con Dios es el ‘amor feliz’ de una vida que en muchos aspectos ha sido difícil e infeliz. Aunque la historia de este amor (si puedo llamarlo así) tiene los rasgos esenciales de la auténtica historia de amor por el hecho de que sólo uno puede entenderla completamente, y no hay alegría absoluta sino en contarla solo uno al amado, el cual en este caso es la persona por la cual uno es amado, sin embargo existe también un placer en hablar de ellas a los demás (1959 98).

A la vez que piensa que su relación con Dios es el “Amor feliz”, comprende que al renunciar a Regina está renunciando a la única posibilidad de ser feliz en este mundo que le ha sido y le será brindada. Semejante renuncia no puede producir más que angustia y desesperación. Si el autor hubiera sido menos débil (por necesitar a Dios), es decir, más fuerte en un sentido humano (o sea menos religioso), seguramente hubiera tomado otras decisiones.

Con sus escritos Kierkegaard consciente de la magia del lenguaje busca alivio a su angustia y desesperación tratando de adueñarse de las palabras y en las confesiones que hace a sus lectores busca la liberación de sus

culpas. Por esto a raíz de la separación de Regina se dedica a escribir textos que tienen como destinataria a Regina, pero son escritos en clave para que sólo ella los entienda, como *De Aut-Aut*, *La repetición y Temor y temblor*.

En *Temor y temblor*, él nos expone la angustia en que acabó el único intento de convivir con otra persona; él habla de Abraham, el Padre de la fe, hombre que por mandato divino renuncia a su hijo y accede a sacrificarlo, de la misma manera él se compara, ya que renuncia a Regina por mandato divino, ambos renuncian a lo más querido. Abraham tuvo fe, y en premio de esa fe recibió, en el último momento, la vida de su hijo, él piensa que tal vez le faltó fe para que le devolvieran a Regina y lo que es más angustiante, se pregunta si puede estar seguro de que Dios le exige este sacrificio. Con dudas de este tamaño es muy difícil que se pueda tener una vida libre de angustias.

Abraham aceptó la medida de Dios. Ningún otro hombre podría ser, como él, testimonio de la prueba y de la libertad absoluta:

Hay hombres que se apoyaron en sí mismos y triunfaron en todo; otros lo sacrificaron todo; pero fue el más grande de todos quien creyó en Dios. Y hubo hombres grandes por sus energías, saber, esperanza o amor; pero Abraham fue el más grande de todos: grande por la energía cuya fuerza es debilidad, por el saber cuyo secreto es locura, por la esperanza cuya forma es demencia; por el amor que es odio de sí mismo (*Id.* 18).

Y así es como Kierkegaard hace de la vida terrible aventura de lo absurdo. Una aventura que colma lo religioso, con Dios, como en caso de la fe de Abraham, símbolo de la locura existencial.

Con respecto a esto, Kierkegaard a partir de lo que Hegel afirma, que lo real es racional y lo racional real, afirma que el ser humano debe ser él mismo partiendo de él mismo: lo personal es lo real. Con esto aclara las bases de la filosofía existencial. Pero la palabra existencia en él significa que sólo se puede designar el modo específico de existir del hombre ya que las plantas y los animales no existen sino que duran, claro que el hombre también dura pero con la condición anterior de existir.

Con respecto a la existencia Sören Kierkegaard habla durante su vida sobre los tres estadios, el estadio estético, el ético y el religioso, son como etapas que van pasando para llegar al estadio ideal. Estos estadios van señalando sus preferencias individuales. El estadio estético: que nos sumerge en el hombre temporalizado, esclavo del momento, para el cual el último recurso es la desesperación, pero cuando el individuo quiere vencer la desesperación con la aceptación plena de una norma de conducta, se da el estadio ético y luego el religioso que aparece para superar el estadio ético, es en el que vence la excepción y lo genial a lo masivamente ético.

Con respecto a Regina, se refería que la ruptura con ella era necesaria para que saliera de la ilusión estética entrara en el otro estadio, el ético, superior al estético, donde él la está esperando para que juntos aborden el único estadio auténtico: el religioso. Con esta imagen, Kierkegaard da a entender lo que pretendía con su vida amorosa, que al final todo llegara al estado religioso: *“Tengo que hallar una verdad para mí, encontrar esa idea por la que quiero vivir y morir”* (Kierkegaard 1975 40) morir por esa verdad que para él era tan clara, el amor a Dios.

Así mismo, la vaciedad del estadio estético hace que el hombre aborde el estadio ético, empujado por la desesperación que produce toda esa vaciedad, también el hombre ético acaba desesperándose, pero cuando el hombre se decide a pasar al estadio religioso y desaparecidas las ilusiones estéticas y éticas (dos formas de la temporalidad) queda el hombre cara a cara con la angustia del existir, durante la existencia el hombre se halla en una relación con Dios que no sabe de qué clase es, si es cómoda o peligrosa. Porque al final sólo se puede concluir que la fe en Dios es lo único que da sentido a la existencia aunque a veces esto sea un absurdo:

Si un árabe, en el desierto, descubriese de pronto un manantial dentro de su tienda, que el surtiese de agua en abundancia, se consideraría muy afortunado; y lo mismo le ocurre a un hombre cuyo ser físico está siempre vuelto hacia lo exterior, pensando que la felicidad mora fuera de él, cuando finalmente entra en sí mismo y descubre que la fuente nace dentro de él; no hace falta decir que ese manantial es su relación con Dios (*Id.* 45).

Por más que Kierkegaard quiera darle sentido a su existencia y refugiarse en Dios, y por más que la fe sea grande y capaz de mover montañas es difícil que cure semejante aflicción, pero tal abandono es digna de una desesperación que no tiene ninguna esperanza porque nada podía librarlo de sus angustias y curarle el dolor de la felicidad truncada junto a Regina.

Pero la idea es encontrar la esperanza a tanta desesperación: “La desesperación es la enfermedad, no el remedio, el remedio es, naturalmente, el cristianismo, no la cristianad” (*Id.* 46). Pero es obvio que el remedio presupone necesariamente la enfermedad:

Sócrates demostraba la inmortalidad del alma por la impotencia en que se encuentra la enfermedad del alma para destruirla, como la enfermedad hace con el cuerpo. Se puede incluso demostrar la eternidad el hombre, viendo la impotencia de la desesperación cuando quiere destruir el yo por esta espantosa contradicción de la desesperación. Si la eternidad no morase dentro de nosotros no podríamos desesperar, pero si la desesperación pudiese destruir el yo, ya no habría desesperación (*Id.* 46).

Todo lo anterior se puede resumir al describir lo que se siente cuando se empieza a tener esperanzas de conseguir algo que se desea desesperadamente; casi se lucha contra toda esperanza porque ese algo es demasiado bueno para ser cierto; y no hay ilusiones, porque ya se ha visto y se ha sentido la decepción en demasiadas ocasiones y no se quiere seguir sufriendo, pero a pesar de que en el interior del hombre se quiera suprimir la esperanza de ser feliz, de todos modos no serviría de nada intentar suprimirla, porque en el fondo se espera que ésta podría resultar ser cierta y se termina encontrando la felicidad tan anhelada.

Y es que no es lo mismo esperar algo de lo que no sabemos si va a llegar o lo obtendremos que esperar algo que sabemos tarde o temprano va a llegar, sólo que no sabemos cuándo ocurra.

No es fácil entender a Kierkegaard quien afirma: “¿qué otra cosa podría ser la existencia sino desesperación?” (*Id.* 69), no es fácil tampoco condenarlo

por alienarse de esa manera y encerrarse en su mundo angustioso, pero ¿qué podría esperarse de un hombre que no tuvo más que dolor, angustia, desesperación, lucha, arrepentimiento y culpa durante todo su infancia y para todo esto tener como rescate a Dios, y más que a Dios la fe, qué podría generarse en un ser que renuncia a la poca felicidad que la vida le ofrece, por seguir el camino del sacrificio para alcanzar la grandeza? Como él mismo afirma:

!No! No será olvidado quien fue grande en este mundo, y cada uno de nosotros ha sido grande a su manera, siempre en proporción a la grandeza del objeto de su amor. Pues quien se amó a sí mismo fue grande gracias a su persona, y quien amó al prójimo fue grande por su afición, pero el que amó a Dios fue, sin embargo, el más grande de todos (*Id.* 70).

Al final lo único que descubrimos es que de la desesperación de su existencia se abandona a la esperanza de que en su vida suceda un milagro de igual proporción que su fe, como le sucedió a Abraham, él espera que su Dios le diga al final y suponiendo que se le diera voz a Sören se le diría: “por tu tamaño sacrificio, no renuncies a Regina, corre tras ella que te será devuelta”, y aunque sólo lo afirme muy escuetamente, él en su interior lo espera, aún después del matrimonio, él espera, que algo pase.


Conclusión

Bien podría uno pensar que no es posible que la existencia se fundamente en semejante angustia, la existencia debería ser dicha, pues él que me amó y se entregó por mí, quiere mi felicidad, no mi desesperación; Abraham es el Padre de la fe, confió ciegamente lo que más quería a la voluntad del Señor y él lo recompensó, pero es cierto que si bien Dios es el Dios de los imposibles, Él no nos pide imposibles, él nos conoce bien, nos ama como somos con nuestras imperfecciones, con nuestras culpas y remordimientos y no quiere vengarse de nosotros por nuestros pecados.

La desesperación es la enfermedad y Dios es salud y vida, es, para Kierkegaard, la fuente inagotable, es el manantial en el desierto que cura y sana, y sólo él puede curarnos de la enfermedad, si lo dejamos, y dejarnos a él, es soltarnos de las angustias y de la desesperación que no conduce a ninguna esperanza posible.

Hay que creer que existe la tierra prometida, hay que confiar que vamos por el buen camino, que él nos conduce hacia aguas tranquilas, la esperanza está ahí en la tierra prometida que todos veremos si creemos que llegaremos allí.

No hay posibilidad de esperanza en tanta desesperación, pero finalicemos diciendo con Kierkegaard: "Saluda a todos los hombres y diles que mi vida ha sido un sufrir agudo, incomprensible e ignorado para todos, excepto para mí" (Kierkegaard 1959 27).

Tal vez haya una resistencia interior, al hombre le cuesta considerar la posibilidad de que haya una bondad absoluta y desinteresada, un amor que no juzga. Ya es hora de hacerle una apuesta a aquello que me rescate. 

Bibliografía

Kierkegaard, S. *A puerta cerrada*. Barcelona: Orbis, 1983.

———. *Temor y Temblor*. Madrid: Editora Nacional, 1975.

———. *Mi punto de vista*. Buenos Aires: Biblioteca de Iniciación Filosófica Aguilar, 1959.

Sartre, J. P. *El existencialismo es un humanismo*. Trad. Manuel Lamana. Buenos Aires, Losada. 1998.

———. *La náusea*. Buenos Aires: Losada, 1975.

———. *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada, 1966.